

Artículos

Una Vida Entregada	1
Nuestro Abogado y el Perdón	1
Asistencia a las Reuniones	4
Paz en la Tormenta	5
Retribución Poética	6
El Santo Camina Solo	7

Página

hombre resucitado y glorificado en el cielo, Sumo Sacerdote y Abogado de Su pueblo. Como Sumo Sacerdote, siente nuestras debilidades y vive para fortalecernos, para que podamos "mantener firme nuestra confesión" o testimonio en este mundo (Hebreos 4:14-16). Como Abogado (o intercesor) defiende nuestra causa cuando pecamos. "Si alguno pecare

Tenemos un Defensor

Cuando un cristiano obra mal, necesita a alguien que tenga razón, o que sea justo, para defender su causa. Necesitamos un abogado en el cielo, porque Satanás nos acusa ante Dios día y noche (Apocalipsis 12:10). Satanás quisiera poner una marca contra el cristiano cuando peca. Pero, gracias a Dios, el Señor Jesucristo es el autor de la Salvación Eterna. No sólo murió en la cruz para salvarnos, sino que vive como nuestro Abogado en el cielo para interceder por nosotros; por lo tanto, "¿Quién acusará a los escogidos de Dios?". (Romanos 8: 33). "Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos". Fíjese, no dice si alguno confiesa su pecado tenemos Abogado sino, "Si alguno pecare". En el momento en que un cristiano peca, Cristo, su Abogado, defiende su causa, de modo que ningún cargo puede ser presentado contra él en el cielo. El pecado, sin embargo, afecta su comunión con Dios su Padre y debe ser confesado en la tierra.

Es importante tener en cuenta que "tenemos

Abogado del Padre".

...no con Dios como creador o juez, sino como Padre. El nombre "Padre" denota una familia e hijos. El pecador tendrá que encontrarse con Dios en el juicio

Una Vida Entregada

Se cuenta una curiosa anécdota sobre el maravilloso violinista Paganini. Una noche, en París, donde iba a tocar ante una gran multitud, mientras afinaba su VIOLÍN, rompió una de las cuerdas -hubo una tremenda decepción entre el numeroso público.

Paganini no le prestó atención, sino que volvió a trabajar con el pulgar durante un rato hasta que rompió una segunda cuerda; entonces la gente empezó a abuchearle ligeramente. Pero él continuó y rompió una tercera cuerda, y esta vez la gente se puso a abuchearle.

Pasando silenciosamente al frente, dijo: "Damas y caballeros: Una cuerda y Paganini", y empezó a sacar una música tan maravillosa de esa única cuerda que el público tensó el cuello para poder captarla toda, y se sentó con toda la sala aplaudiendo porque había sacado tanto de tan poco.

"Una cuerda y Paganini"-un alma Entregada y Dios Todopoderoso. ¿Estás dispuesto, estás listo? Porque, gracias a Dios, se hará lo mejor de tu vida cuando te rindas al Señor Jesucristo.

Nuestro Abogado y el Perdón

T B Gilbert

Es una bendición para uno conocer a Cristo como su Salvador, pero más bendición es conocer al Salvador. Pablo podía decir: "Yo sé a quién he creído" (2 Timoteo 1:12), pero también deseaba "conocerle a Él y el poder de su resurrección" (Filipenses 3:10).

El Señor Jesucristo no sólo se hizo hombre para morir por nuestros pecados, sino que ahora es un

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

por sus pecados después de la muerte (Hebreos 9:27). Pero el cristiano es castigado, por su Padre, en esta vida aquí y ahora, y más especialmente cuando no se juzga a sí mismo y confiesa sus pecados (1 Corintios 11:31). El carácter de Dios al tratar con el pecado es "un fuego consumidor" (Hebreos 12:29). El Señor Jesús se encontró con Dios en Su santidad y fue consumido por Su ira por nuestros pecados, como está escrito: "Tu ira se ha ensañado contra mí, y me has afligido con todas tus ondas" (Salmo 88:7). Lloró en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". (Mateo 27:46). Sin duda, esto es una prueba de que ningún pecador que se encuentre con Dios en sus pecados escapará jamás a Su ira. Moisés vio a Dios como un fuego consumidor que moraba en la "zarza". Se maravilló de que "la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía" (Éxodo 3:2). Dios podría haber consumido la zarza (Israel), porque Él era santo y ellos pecadores; pero en gracia condescendió a morar con ellos como su Libertador y Salvador. Y lo mismo hace con nosotros. Dios castiga (educa) a Sus hijos como Padre ahora, pero en el tribunal de Cristo sus obras de madera, heno y hojarasca serán quemadas por el fuego de Su juicio. Pero el creyente mismo "será salvo, aunque como por fuego" (1 Corintios 3:15).

Algunos cristianos de Corinto eran débiles y enfermizos, y algunos dormían (morían) a causa de pecados no juzgados. El Señor los juzgó como a niños, para que "no fuesen condenados con el mundo" (1 Corintios 11:32). Lo mismo ocurrió sin duda con Ananías y Safira (Hechos 5:1-10). Ambos casos fueron pecados para muerte (1 Juan 5:16); es decir, murieron por, o a causa de, su pecado en esta vida, pero no serán condenados en la otra vida. Los pecadores serán juzgados después de la muerte (Hechos 17:31, Hebreos 9:27), no aquí.

El Perdón de los Pecados

Este es uno de los temas más importantes de la Biblia. La ignorancia de las Escrituras con respecto a esta verdad le robará a uno el gozo, la felicidad y la bendición. Hay tres aspectos del perdón que me gustaría considerar, a saber: 1-El perdón de Dios a los pecadores; 2-El perdón del Padre a sus hijos; 3-El perdón del cristiano a los demás.

El Perdón de Dios a los Pecadores.

Es un hecho conocido que el pecado no puede entrar en el cielo. Puesto que todos en el mundo son pecadores, cada uno debe ser perdonado o perderse para siempre (Romanos 3:23). Este perdón debe basarse en la gracia soberana de Dios y no en la valía del hombre. "La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo" (Juan 1:17).

El fundamento del perdón es la muerte y resurrección de Cristo: "A éste exaltó Dios con su

diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados" (Hch 5,31). "Por medio de este Hombre se os anuncia el perdón de los pecados" (Hch 13,38). "Todo el que crea en Él recibirá la remisión (el perdón) de los pecados" (Hechos 10:43).

El fundamento de la nueva alianza es la sangre de Cristo (Mateo 26:28, Hebreos 10:16); por lo tanto, todos los creyentes pueden decir: "En quien tenemos redención por Su sangre, el perdón de pecados, según las riquezas de Su gracia" (Efesios 1:7). Observe estas palabras: "tenemos redención, tenemos. ... el perdón de los pecados"; y nótese el fundamento: "según las riquezas de Su gracia". ¡Qué maravillosa salvación ha provisto la gracia de Dios para el pecador! Él ha dicho acerca de todos los que creen: "Nunca más me acordaré de sus pecados e iniquidades" (Hebreos 10:17).

Lector, ¿eres creyente? Si lo eres, mira de nuevo a la cruz y cree esas palabras: "¡Consumado es!" Cree a Dios cuando te dice que tus pecados "no se recordarán más": tus pecados pasados; tus pecados presentes; tus pecados futuros. Todos tus pecados se han ido para siempre y eres eternamente perdonado: "Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (Hebreos 10:14). Contempla a Cristo Jesús que "se sentó a perpetuidad" a la diestra de Dios en el cielo (Hebreos 10:12, R.V.) Puesto que eres aceptado en Él (Efesios 1:6), ya no estás en Adán sino en Cristo (1 Corintios 15:22; 2 Corintios 5:17). Ya no eres pecador, sino santo (Romanos 1:7; 2 Corintios 1:2). Estás en el mundo, pero no eres de él (Juan 17:16). "No sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio" (1 Corintios 6:19-20). Tu vínculo con la vieja creación ha sido cortado para siempre ante Dios, porque Cristo murió como tu sustituto y tú has muerto con Él. Como nueva criatura, eres partícipe de la "naturaleza divina" (2 Pedro 1:4); Dios es tu Padre; eres Su hijo, y el cielo es tu hogar. Has recibido de Cristo la vida de resurrección y Él es tu vida (Colosenses 3:4). Puedes decir con Pablo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado; mas vivo, y no yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gálatas 2:20).

Como creyentes debemos "andar como Él anduvo" (1 Juan 2:6). "Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados, y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros" (Efesios 5:1,2).

El Perdón del Padre a sus Hijos.

Juan escribió a los niños: "Porque vuestros pecados os son perdonados por amor de su nombre" (1 Juan 2:12). También dijo: "Esto os escribo para que no pequéis" (1 Juan 2:1). Dios no nos ha salvado para que sigamos en el pecado, sino para que vivamos para Él (Romanos

6: 13). Pablo escribió: "¿Continuaremos en el pecado para que abunde la gracia? Dios no lo quiera. ¿Cómo, estando muertos (habiendo muerto, R. V.) al pecado, viviremos más tiempo en él?" (Romanos 6: 1, 2). El pecado todavía está en nosotros, pero ya no como el poder gobernante de nuestras vidas; ya no para reinar o tener dominio sobre nosotros (Romanos 6: 12, 14). No somos salvos para estar "siempre pecando", como algunos dicen, pero leemos: "Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo" (1 Juan 2:1). Hemos notado las palabras "Abogado ante el Padre". El nombre "Padre" habla de relación. Debido a esta relación cambiada, un cristiano ya no es considerado un pecador--ni siquiera cuando peca. Es un hijo de Dios, pero un hijo desobediente, y como tal, debe confesar sus pecados a su Padre, para ser perdonado.

Esto es lo que sucede cuando los cristianos pecan: En el cielo, Dios, nuestro Padre, se disgusta; Satanás nos acusa ante el trono de Dios; y Cristo, nuestro Abogado, debe defender nuestra causa para que no se nos pueda acusar allí. En la tierra, la comunión con nuestro Padre está rota; el Espíritu Santo --el Consolador que toma de las cosas de Cristo y nos las revela-- está contristado, y debe convencernos de pecado hasta que nos juzguemos a nosotros mismos por haberlo permitido y lo confesemos a nuestro Padre. "Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad" (1 Juan 1:9). Él es fiel a Cristo y a Su Palabra. Es justo, porque la deuda del pecado ha sido pagada en la cruz (Romanos 3:25,26); por lo tanto, cuando el cristiano confiesa su pecado, se restablece la comunión con su Padre. Si no nos juzgamos a nosotros mismos y confesamos nuestros pecados, estamos sujetos a

El castigo de Nuestro Padre.

"Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo" (Hebreos 12:6). Así aprendemos que a un verdadero cristiano no se le permite hacer lo que le plazca, pues es salvo para agradar a Dios. Cuanto antes aprendamos esto, mejor, porque el pecado cometido por el creyente trae castigo en la tierra y la pérdida de la recompensa en el cielo; mientras que la obediencia da gozo y felicidad aquí y traerá recompensa en el cielo.

Pedro exhorta: "Poniendo toda diligencia, añadid a vuestra fe virtud; y a la virtud, conocimiento; y al conocimiento, templanza; y a la templanza, paciencia; y a la paciencia, piedad. . . Porque así os será concedida abundante entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. . . Pero el que carece de estas cosas es ciego, y no ve de lejos, y se ha olvidado de haber sido purificado de sus antiguos pecados (2 Pedro 1:5-11).

Por lo tanto, nos corresponde confesar nuestros pecados inmediatamente, no sea que recibamos

castigo ahora, y perdamos nuestra recompensa en la venida de Cristo (Apocalipsis 22:12). Por otro lado, si Dios considera apropiado cortar por medio de la muerte (sueño, 1 Corintios 11: 30) a un cristiano reincidente o desobediente a causa de su pecado - aunque haya perdido el gozo y la comunión y perderá la recompensa futura - sin embargo, entrará al cielo sin cargos en su contra como un niño, porque está confiando en un Salvador y Abogado fiel. Para entender esto más completamente uno debe ver la diferencia entre la "Casa del Padre" y el "Reino." En la "Casa del Padre", todos los hijos tendrán plenitud de gozo, según su capacidad, pero sólo tendrán capacidad según su crecimiento espiritual en este mundo; mientras que en el "Reino", los que sean "siervos fieles" serán hechos gobernantes de ciudades (Juan 14:2; Lucas 19:17).

El Perdón del Cristiano a los Demás

Como hijos de Dios y miembros de Su familia, se espera que los cristianos obedezcan las reglas que gobiernan la familia de Dios. Una de las reglas que Él ha establecido es: "Perdonad y seréis perdonados" (Lucas 6:37). En el gobierno de Dios existe el perdón condicional: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo 6:12). El Señor Jesús dijo: "Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas" (Mateo 6:15). En Mateo dieciocho, Él contó la historia del hombre que debía diez mil talentos (millones de dólares) y fue perdonado, luego se negó a perdonar a su consiervo que le debía cien peniques (unos quince dólares). Este hombre con el "espíritu que no perdona" fue entregado a los verdugos, y el Señor añade: "Así también hará con vosotros mi Padre celestial, si de corazón no perdonáis cada uno a su hermano sus ofensas" (Mateo 18:35). En el mismo capítulo, se le dijo a Pedro que debía perdonar, no sólo siete veces, sino setenta veces siete (Mateo 18:22). Si somos capaces de perdonar a una persona 490 veces, no habrá límite para nuestro perdón.

El Señor Jesús ilustró, cuando estaba en la cruz, lo que había enseñado durante Su vida. En el momento de Su mayor sufrimiento a manos de los hombres, clamó: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34). Para ser como Él, debemos perdonar a los pecadores.

En las epístolas se exhorta a los cristianos a perdonar: "Así como Dios os perdonó a vosotros por Cristo" (Efesios 4:32). Si queremos caminar como Cristo caminó, y si queremos disfrutar conscientemente del perdón y la comunión de nuestro Padre, debemos perdonar a los demás. Porque está escrito: "Si nos amamos unos a otros, Dios habita en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros. . . Si alguno dice: Amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso; porque el que no ama a su hermano a quien

ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?". (1 Juan 4:12, 20). Estas palabras bien pueden ejercitar a todos los que conservan odio y falta de perdón en sus corazones hacia los demás.

El Perdón y la Cena del Señor

El Señor Jesucristo dijo: "Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y vete; reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu ofrenda" (Mateo 5:23, 24).

En las epístolas se nos enseña: "Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, así como toda malicia; y sed bondadosos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros por Cristo" (Efesios 4:31, 32).

No siempre es fácil perdonar, pero es propio de Cristo. Dios valora nuestros dones si los ofrecemos teniendo el perdón en el corazón hacia los demás. Él ordenó a Israel: "No quemaréis levadura en ninguna ofrenda encendida para el Señor" (Levítico 2:11). "Sin levadura" habla de "sinceridad y verdad", y "levadura" de "malicia y maldad" (1 Corintios 5:8). No había malicia ni maldad en Cristo. Debemos despojarnos de ellas para alabarle y adorarle.

Perdón y Oración

"Cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre os perdone... Pero si no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas" (Marcos 11: 25-26). De este pasaje se desprende que, a menudo, nuestro Padre no responde a la oración por culpa de un espíritu que no perdona. El Salmista dijo: "Si en mi corazón pienso en la iniquidad, el Señor no me escuchará" (Salmo 66: 18).

Se han conocido casos en los que las oraciones fueron contestadas después de que los cristianos aprendieron y confesaron ante Dios lo terrible del espíritu que no perdona. Cueste lo que cueste, debemos perdonar a los demás para caminar con Dios. Al "sufrir como cristianos", glorificamos a Dios; y aunque nuestra fe sea probada como por fuego, "será hallada para alabanza, honra y gloria en la manifestación de Jesucristo" (1 Pedro 1:7; 4:16-19).

Resumen

Hemos visto que Dios perdona a los pecadores, incondicional y eternamente, mediante la fe en el Señor Jesucristo: "todo aquel que en Él creyere, recibirá perdón de pecados" (Hechos 10:43). Pero hemos notado que el perdón de los hijos, por parte de Dios nuestro Padre, está condicionado a que tengamos un espíritu perdonador hacia los demás, y a que juzguemos y confesemos el pecado. El hijo

desobediente también está sujeto al castigo de su Padre, que puede significar enfermedad, muerte u otros castigos. Este castigo es aquí y ahora, no después de la muerte. El hijo desobediente de Dios sufre la pérdida del gozo, la comunión y la adoración en esta vida, y además perderá la recompensa en la venida de Cristo.

Si confiesa sus pecados, teniendo un espíritu perdonador hacia los demás, su Padre le perdonará. Que el Señor conceda al escritor y al lector, si se salvan, la gracia de caminar dignamente de nuestro bendito Señor, con un espíritu recto hacia los demás, y con verdadero amor hacia Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo.

Asistencia a Reuniones

C. H. Hinman

"No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca" (Heb. 10:25).

Este es un versículo de gran importancia, y creemos que nunca más que en el momento presente. Estamos viviendo en un tiempo de gran decadencia, cuando muchos están abandonando la reunión de sí mismos juntos; por lo tanto, puede ser bueno tenerlo presionado sobre la conciencia. Cuando el corazón está fuera de su centro -Cristo- y otras cosas han tomado Su lugar, podemos encontrar fácilmente excusas para no ir a las reuniones, para no congregarnos. Uno puede decir: "Oh, yo leo mi Biblia en casa"; otro, "estoy demasiado cansado para ir a las reuniones después de un día de trabajo"; un tercero, "realmente estoy demasiado ocupado para ir, no tengo tiempo," etc.-ninguna de estas excusas habría sido hecha cuando se disfrutaba de la presencia del Señor.

Si la manera divinamente designada por Dios de ministrar a las necesidades de su pueblo es reuniéndose, podemos estar seguros de que seremos grandes perdedores si la descuidamos. Asistir a la reunión semanal de oración y lectura de la Biblia puede significar a menudo un poco de sacrificio y abnegación, pero Dios no será nuestro deudor. El tiempo que le dedicamos no es tiempo perdido, sino que, por el contrario, es tiempo bien empleado. La ansiedad excesiva por los negocios, la granja o los asuntos domésticos puede impedir que muchos asistan a las reuniones de la noche de la semana, y sus almas sufrirán mucho en consecuencia. Este ceder a otras demandas lo que podría y debería ser

entregado al Señor, puede resultar ser el borde delgado de la cuña del diablo para llevar a las almas por senderos desviados. Los creyentes no pueden salir adelante sin ayuda, y no podemos darnos el lujo de perder las ayudas que Dios ha puesto en nuestro camino.

El apóstol Tomás se perdió de ver a Jesús por estar ausente cuando los demás se reunían, y cuando se le habló de ello pronunció una de las expresiones más groseras de incredulidad que se encuentran en la Palabra de Dios. El Señor viene a menudo con una manifestación especial de su presencia en la reunión de oración, revelándose a nuestras almas, como lo hizo a sus discípulos en el aposento alto, por lo que es bueno estar allí con el fin de beneficiarse de ella. Por otra parte, con frecuencia Él da mucha instrucción y ayuda preciosas en la lectura de la Biblia, que muchos de los Suyos se pierden por no estar presentes. Su ausencia debe afligirlo; también aflige a los pocos que asisten regularmente, y ciertamente le da al diablo una buena oportunidad de ganar ventaja.

Compañeros creyentes, procurad, si es posible, estar siempre en vuestro lugar. Eso alegrará y ayudará a los demás al veros, y será una fuente constante de bendición para vosotros mismos. Procura ser una ayuda en la asamblea, y al regar a los demás serás regado tú mismo. No seas de los que se presentan el día del Señor por la mañana, y no se les vuelve a ver hasta el siguiente día del Señor. Imita a los hombres de Zabulón, que sabían "guardar el orden y no tenían doblez de corazón" (1 Cron. 12:33), y tu buen ejemplo tendrá mucho efecto en los demás.

Que el Señor despierte a Su pueblo, y haga que muchos más de ellos pasen al frente y se conviertan en el canal de bendición para otros. Cualquier abnegación que usted pueda ejercer será ricamente recompensada, tanto aquí como en el futuro.

Paz en la Tormenta

Carlos Fariñas

Al anoecer, descendieron sus discípulos al mar, y entrando en una barca, iban cruzando el mar hacia Capernaum. Estaba ya oscuro, y Jesús no había venido a ellos. Y se levantaba el mar con un gran viento que soplaba. Cuando habían remado como veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba a la barca; y tuvieron miedo. Mas él

les dijo: Yo soy; no temáis. Ellos entonces con gusto le recibieron en la barca, la cual llegó en seguida a la tierra adonde iban. Juan 6:16-21

El título del presente artículo, es también el de una conocida melodía cristiana donde se asegura al creyente, que pese a las dificultades que se puedan presentar en la vida, se puede sentir paz en medio de la tormenta. En la Palabra de Dios, la Biblia, encontramos esa verdad ilustrada en experiencias vividas por los discípulos del Señor, y que mencionamos al comienzo de este escrito. Es necesario resaltar algunos detalles del relato para la comprensión plena de la enseñanza. El mar de Galilea, es un mar interior que mide aproximadamente 11.34 millas marinas de norte a sur, y 5.94 millas de este a oeste. La distancia que habían recorrido aquella noche los discípulos, fue de 25/30 estadios, equivalentes a 2.7/3.24 millas marinas; lo que significa que apenas comenzaban el recorrido. Es conveniente resaltar algunos detalles del relato para la comprensión plena de la enseñanza.

El mar de Galilea, es un mar interior que mide aproximadamente 11.34 millas marinas de norte a sur, y 5.94 millas de este a oeste. La distancia que habían recorrido aquella noche los discípulos, fue de 25/30 estadios, equivalentes a 2.7/3.24 millas marinas; lo que significa apenas comenzaban el recorrido. Es perfectamente comprensible que en medio de tal obscuridad, fuerte viento y marejada, al ver al Señor caminar sobre las aguas hacia ellos, tuvieran miedo. Era un evento sobrenatural lo que estaban observando, pero la conocida voz del amado maestro les devolvió la tranquilidad y paz. El otro hecho milagroso fue que al recibirle abordo, de inmediato llegaron a Capernaum.

El Señor les enseñó después: en el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo (Jn. 16:33). Entonces el relato del cruce del mar, nos presenta un cuadro de lo que ocurre frecuentemente en la vida de los creyentes. Un mundo sumido en tinieblas, situaciones que nos son contrarias y que el enemigo de las almas arroja sobre nosotros con el ímpetu de un mar embravecido, nos roban la paz y tranquilidad. Otro detalle de interés, es que el Señor no estaba con ellos en la barca, lo que nos hace pensar que las dificultades no están siempre asociadas al Señor y nuestro testimonio a él. También podría ser que al presentarse las dificultades, por alguna razón estamos algo distantes de él y luchamos con nuestras propias fuerzas. Hermanos, aprendemos que solo andando con nuestro bendito Salvador, en estrecha e íntima comunión, podremos salir victoriosos en cada percance de la vida, como diría luego el Apóstol Pablo: en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó (Ro. 8:37).

Finalmente observamos que enseguida llegaron a tierra; lo que equivale a decir que enseguida se terminó el problema que enfrentaban, y aprendemos que esa debe ser la actitud correcta de cada cristiano

genuino durante todo nuestro peregrinar terrenal, de manera que ninguna dificultad nos quite la paz. En otras ocasiones similares que nos narran los evangelistas Mateo y Marcos (Mt. 8: 23-26/Mr. 4: 36-40), el Señor Jesús se encontraba abordo en la barca con ellos, pero al ser azotados por la tormenta sintieron miedo y hasta reclamaron al Señor su falta de cuidados para con ellos. En cada caso el Señor les reprochó su falta de fe o confianza en él, o como ocurriera con Pedro, que quitó la mirada del Señor al mirar el tamaño de las olas y la fuerza del viento y se comenzó a hundir en el mar (Mt. 14: 22-32). Solamente la total confianza en nuestro Salvador y Señor, nos permitirá vivir en paz a pesar de las dificultades. Pablo le recomienda a los Filipenses poner sus peticiones y ruegos delante del Señor, y les asegura que la paz de Dios guardará sus corazones y pensamientos en Cristo Jesús (Fil. 4: 6-7).

Retribución Poética

T. E. Wilson

El principio de que cualquier acción humana tiende a recaer sobre la cabeza de su autor se ha denominado retribución poética.

La Revolución Francesa fue una de las mayores convulsiones de la historia moderna. Los campesinos y las clases trabajadoras de Francia habían sido pisoteados y maltratados por una corte corrupta y una aristocracia desenfrenada hasta tal punto que el odio reprimido y el sentimiento de injusticia estallaron en un torrente de furia y empaparon el país de sangre. Como todos los movimientos de este tipo, muchos inocentes sufrieron y cientos que no tenían nada que ver con el estado político del país, pero que se pensaba que simpatizaban con los opresores, fueron arrastrados a la guillotina y decapitados. Se calcula que 3.000 personas encontraron la muerte de este modo en pocos meses. El líder de esta espantosa matanza fue un hombre llamado Robespierre. Tras una carrera de derramamiento de sangre y crueldad sin piedad, este monstruo humano disgustó y alienó al pueblo que dirigía, con el resultado de que él mismo fue eliminado y decapitado. Como había hecho con otros, así le ocurrió a él mismo.

Este principio tiene muchas ilustraciones en la Palabra de Dios. En Jueces 1, leemos que Judá y Simeón formaron una coalición para conquistar su herencia en Canaán. La primera batalla que libraron fue

contra un rey llamado Adoni-Bezec. Diez mil de sus hombres fueron asesinados y él huyó. Finalmente fue capturado y sus captores le cortaron los pulgares y los dedos gordos de los pies, sin duda con el objeto de que ya no pudiera portar armas como soldado ni huir de nuevo. Su comentario sobre el castigo fue. "Tres veintenas y diez reyes a los que les cortaron los pulgares y los dedos gordos de los pies recogieron su carne bajo mi mesa; como yo lo he hecho, así me lo ha pagado Dios". Su crueldad con los reyes súbditos reaccionó sobre sí mismo.

Jacob es otro ejemplo que demuestra que el pecado y el engaño son boomerangs mortales. Conjuntamente con su madre conspiró para engañar a su pobre padre anciano y débil de vista. Con una piel de cabra en las manos y en el cuello entró para conseguir para sí la bendición del primogénito que pertenecía a su hermano Esaú. Es cierto que Esaú vendió su primogenitura y que más tarde Dios daría a Jacob el lugar del primogénito, pero no hay excusa para su engaño. El ardid tuvo éxito, pero su hermano se enfureció tanto que juró acabar con la vida de Jacob. Tuvo que huir del país y durante largos años fue esclavo y exiliado de su tierra natal. Probablemente nunca volvió a ver a su madre ni ella a su hijo. Unos 30 años más tarde, cuando sus hijos ya eran adultos, le trajeron la túnica de José bañada en la sangre de un cabrito y le dijeron "Hemos encontrado esto: sabed ahora si es o no la túnica de tu hijo. Y él lo supo y dijo: Es la túnica de mi hijo; una mala bestia lo ha devorado. Y Jacob... hizo duelo por su hijo muchos días". Jacob había engañado a su padre y ahora 30 años después sus propios hijos lo engañan.

La mancha más oscura en la carrera de David, el hombre según el corazón de Dios' fue su terrible pecado con Betsabé y el asesinato a traición del valiente hombre contra quien había pecado. Trató de poner una cara valiente en todo el vergonzoso asunto y por un tiempo mantuvo la pretensión de adorar a Dios. Pero su pecado tuvo que salir a la luz y, aunque su arrepentimiento fue verdadero y sincero y Dios perdonó su pecado, sus inexorables consecuencias persiguieron su casa y persiguieron sus pasos mientras vivió. Asesinó a un hombre y su propio hijo fue asesinado. Mancilló el honor de una mujer y su propia hija fue deshonrada. Protegió a un hijo culpable y vivió para verlo morir prematuramente, colgado de los cabellos en las ramas de un roble. Su lamento revela su corazón roto. "¡Oh hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! Ojalá hubiera muerto por ti, oh Absalón, hijo mío, hijo mío". Qué cosecha por dejarse dominar por sus pasiones, y qué lección para todo el pueblo de Dios.

En la corte persa a la que Ester había sido llevada tan providencialmente, había un enemigo acérrimo de su parentela llamado Amán. Era uno de los últimos amalecitas. En el pasado tenían la reputación de golpear a los más débiles del pueblo de Dios y aquí su ilustre hijo hace el mismo viejo truco. El tío de Esther',

Mardoqueo, había despertado su ira porque no se inclinaba ante este individuo engreído y urdió un complot para hacer colgar a Mardoqueo en una horca que había erigido para tal fin. Pero el plan bien pensado le salió por la culata. La historia se cuenta dramáticamente en Ester 6-7, cómo Dios intervino en el momento crítico para su siervo perseguido y Amán fue colgado ignominiosamente en su propia horca.

Así podríamos seguir citando caso tras caso. "Los molinos de Dios muelen despacio, pero muelen muy poco". La ley es inexorable. "Dios no se burla; todo lo que el hombre sembrare, eso también segará". Una vida de piedad, bondad y honradez trae su propia recompensa, pero la superchería, la calumnia y el engaño tarde o temprano tendrán su inevitable reacción sobre quienes los practican.

El Santo Camina Solo

A. W. Tozer

La mayoría de las grandes almas del mundo han estado solas. La soledad parece ser un precio que el santo debe pagar por su santidad.

En la mañana del mundo (o deberíamos decir, en esa extraña oscuridad que vino poco después del amanecer de la creación del hombre), esa alma piadosa, Enoc, caminó con Dios y no fue, porque Dios se lo llevó; y aunque no se dice en tantas palabras, una inferencia justa es que Enoc caminó por un sendero bastante aparte de sus contemporáneos.

Otro hombre solitario fue Noé, quien, de todos los antediluvianos, halló gracia a los ojos de Dios; y toda prueba apunta a la soledad de su vida aun estando rodeado de su pueblo.

De nuevo, Abraham tenía a Sara y a Lot, así como muchos sirvientes y pastores, pero ¿quién puede leer su historia y el comentario apostólico sobre ella sin percibir al instante que era un hombre "cuya alma era semejante a una estrella y habitaba aparte"? Que sepamos, ni una sola palabra le dirigió Dios en compañía de los hombres. Boca abajo comulgaba con su Dios, y la dignidad innata del hombre le prohibía asumir esta postura en presencia de otros. Cuán dulce y solemne era la escena aquella noche del sacrificio, cuando vio las lámparas de fuego moverse entre las piezas de la ofrenda. Allí, solo, con un horror de gran oscuridad sobre él, oyó la voz de Dios y supo que era un hombre señalado para el favor divino.

Moisés también era un hombre aparte. Cuando aún estaba ligado a la corte del Faraón, daba largos paseos a solas, y durante uno de ellos, alejado de las multitudes, vio a un egipcio y a un hebreo peleando y acudió al rescate de su compatriota. Después de la ruptura con Egipto, vivió en el desierto casi completamente aislado. Allí, mientras vigilaba a solas a

sus ovejas, se le apareció la maravilla de la zarza ardiente, y más tarde, en la cima del Sinaí, se agachó solo para contemplar fascinado la Presencia, en parte oculta, en parte revelada, entre la nube y el fuego.

Los profetas de la época precristiana eran muy diferentes entre sí, pero tenían en común la soledad forzosa. Amaban a su pueblo y se gloriaban en la religión de los padres, pero su lealtad al Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y su celo por el bienestar de la nación de Israel los alejaron de la multitud y los sumieron en largos períodos de pesadumbre. "Me he convertido en un extraño para mis hermanos, y en un extranjero para los hijos de mi madre", gritó uno y, sin darse cuenta, habló en nombre de todos los demás.

Lo más revelador de todo es la visión de Aquel de quien escribieron Moisés y todos los profetas, recorriendo su solitario camino hacia la cruz. Su profunda soledad no fue aliviada por la presencia de las multitudes. Murió solo en la oscuridad, oculto a la vista del hombre mortal, y nadie lo vio cuando se levantó triunfante y salió de la tumba, aunque muchos lo vieron después y dieron testimonio de lo que vieron. Hay cosas demasiado sagradas para que las mire otro ojo que no sea el de Dios. La curiosidad, el clamor, el esfuerzo bien intencionado pero torpe por ayudar, sólo pueden entorpecer el alma que espera y hacer improbable, si no imposible, la comunicación del mensaje secreto de Dios al corazón adorador.

A veces reaccionamos por una especie de reflejo religioso y repetimos obedientemente las palabras y frases adecuadas aunque no expresen nuestros verdaderos sentimientos y carezcan de la autenticidad de la experiencia personal. Este es el caso. Una cierta lealtad convencional puede llevar a algunos que oyen esta verdad desconocida expresada por primera vez a decir alegremente: "Oh, nunca me siento solo. Cristo dijo: 'Nunca te dejaré ni te abandonaré' y 'Yo estoy contigo siempre'. ¿Cómo puedo sentirme solo cuando Jesús está conmigo?".

Ahora bien, no quiero reflexionar sobre la sinceridad de ningún alma cristiana, pero este testimonio corriente es demasiado prolijo para ser real. Obviamente es lo que el orador piensa que debería ser verdad, en lugar de lo que él ha probado que es verdad por la prueba de la experiencia. Esta alegre negación de la soledad sólo prueba que el orador nunca ha caminado con Dios sin el apoyo y el estímulo que le ha proporcionado la sociedad. La sensación de compañía que él atribuye erróneamente a la presencia de Cristo puede surgir, y probablemente surge, de la presencia de personas amistosas. Recuerde siempre: no se puede llevar una cruz en compañía. Aunque un hombre estuviera rodeado de una gran multitud, su cruz es sólo suya y el hecho de llevarla lo marca como un hombre aparte. La sociedad se ha vuelto contra él; de lo contrario, no tendría cruz. Nadie es amigo del hombre con cruz. "Todos le abandonaron y huyeron".

El dolor de la soledad surge de la constitución de nuestra naturaleza. Dios nos hizo el uno para el otro. El deseo de compañía humana es completamente natural y correcto. La soledad del cristiano resulta de su caminar con Dios en un mundo impío, un caminar que a menudo lo aleja de la comunión de los buenos cristianos, así como de la del mundo no regenerado. Los instintos que Dios le ha dado claman por la compañía de otros de su clase, otros que puedan comprender sus anhelos, sus aspiraciones, su absorción en el amor de Cristo; y como dentro de su círculo de amigos hay tan pocos que compartan sus experiencias interiores, se ve obligado a caminar solo. Los anhelos insatisfechos de comprensión humana de los profetas les hicieron gritar en su queja, e incluso nuestro Señor mismo sufrió de la misma manera.

El hombre que ha pasado a la Presencia divina en experiencia interior real no encontrará a muchos que le comprendan. Por supuesto, tendrá cierto grado de compañerismo social cuando se mezcle con personas religiosas en las actividades regulares de la iglesia, pero será difícil encontrar un verdadero compañerismo espiritual. Pero no debe esperar que las cosas sean de otra manera. Después de todo, es un extranjero y un peregrino, y el viaje que emprende no es a pie, sino con el corazón. Camina con Dios en el jardín de su propia alma, y ¿quién sino Dios puede caminar allí con él? Su espíritu es distinto del de las multitudes que recorren los atrios de la casa del Señor. Ha visto aquello de lo que ellos sólo han oído hablar, y camina entre ellos un poco como caminaba Zacarías después de su regreso del altar, cuando la gente murmuraba: "Ha visto una visión."

El hombre verdaderamente espiritual es una rareza. No vive para sí mismo, sino para promover los intereses de Otro. Trata de persuadir a la gente para que den todo a su Señor y no pide ninguna porción o parte para sí mismo. No se deleita en ser honrado, sino en ver a su Salvador glorificado a los ojos de los hombres. Su gozo es ver a su Señor promovido y a sí mismo descuidado. Encuentra a pocos que se interesen por hablar de aquello que es el objeto supremo de su interés, por lo que a menudo permanece en silencio y preocupado en medio de la ruidosa charla religiosa. Por ello se gana la reputación de ser aburrido y demasiado serio, por lo que se le evita y el abismo entre él y la sociedad se ensancha. Busca amigos en cuyas vestiduras pueda detectar el olor de la mirra, el áloe y la casia de los palacios de marfil, y al no encontrar ninguno o muy pocos, él, como María de antaño, guarda estas cosas en su corazón.

Es esta misma soledad la que lo arroja de nuevo sobre Dios. "Cuando mi padre y mi madre me abandonen, entonces me recogerá el Señor". Su incapacidad para encontrar compañía humana le lleva a buscar en Dios lo que no puede encontrar en ninguna otra parte. En la soledad interior aprende lo que no

podría haber aprendido en la multitud: que Cristo es el Todo en el Todo, que Él se ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención, que en Él tenemos y poseemos el summum bonum de la vida.

Quedan por decir dos cosas. Una, que el hombre solitario del que hablamos no es un hombre altivo, ni el santo austero y santo que tan amargamente satiriza la literatura popular. Es probable que se sienta el menor de todos los hombres y seguramente se culpe a sí mismo de su propia soledad. Quiere compartir sus sentimientos con los demás y abrir su corazón a algún alma afín que le comprenda, pero el clima espiritual que le rodea no le anima a ello, por lo que guarda silencio y cuenta sus penas sólo a Dios.

Lo segundo es que el santo solitario no es el hombre retraído que se endurece contra el sufrimiento humano y pasa los días contemplando el cielo. Todo lo contrario. Su soledad le hace comprensivo con los quebrantados de corazón, los caídos y los castigados por el pecado. Porque está alejado del mundo, es más capaz de ayudarlo. Meister Eckhart enseñó a sus seguidores que si se encontraban en oración y recordaban que una viuda pobre necesitaba comida, debían interrumpir la oración al instante e ir a atender a la viuda. "Dios no os hará perder nada por ello", les decía. "Podéis retomar la oración donde la dejasteis y el Señor os compensará". Esto es típico de los grandes místicos y maestros de la vida interior desde Pablo hasta nuestros días.

La debilidad de muchos cristianos modernos es que se sienten demasiado a gusto en el mundo. En su esfuerzo por lograr una "adaptación" tranquila a la sociedad no regenerada, han perdido su carácter peregrino y se han convertido en parte esencial del mismo orden moral contra el que son enviados a protestar. El mundo los reconoce y los acepta como lo que son. Y esto es lo más triste que puede decirse de ellos. No son solitarios, pero tampoco son santos.

